

BEAUVOIR Y SARTRE: LAS FORMAS DEL ADIOS*

Hazel E. Barnes

Traducción de Magdalena Holguín

Hay muchas formas del adiós. La entrevista formal puede ser una de ellas, la autobiografía otra, la biografía escrita por un familiar o por un amigo cercano una tercera. En *Les mots*, se despide Sartre de su infancia. Creyó estarse despidiendo a la vez de la literatura, aun cuando su *adieu* resultó ser más de la naturaleza del *au revoir* o incluso del *à bientôt*. En una extensa entrevista realizada con ocasión de su septuagésimo aniversario, así como en un documental de tres horas de duración, comentó Sartre los sucesos de su vida, sus escritos, sus esperanzas y aspiraciones, sus opiniones políticas. Cada uno de estos comentarios representaba una síntesis y una evaluación, y también un pronunciamiento final; la mala salud de Sartre y su inminente ceguera le daban la certeza de que no escribiría más. Simone de Beauvoir obviamente redactó algún tipo de balance final en el último volumen de su autobiografía, *Tout compte fait*. Todos estos constituyen en alguna forma despedidas, discursos oficiales. Han sido largamente comentados, y aquí no me detendré en ellos.

Dos obras adicionales escritas por Beauvoir son adioses en un sentido diferente. Son preparativos para la despedida y testimonio de recuerdos para los deudos. Dichas obras se encuentran reunidas en un volumen publicado a finales de 1981, año y medio después de la muerte de Sartre. La primera de ellas es *La Cérémonie des adieux*, un recuento de la década que precedió a la muerte de Sartre. El título mismo es el recuerdo de un momento conmovedor, como lo explica Beauvoir: "¿Entonces esta es la ceremonia de los adioses?, me dijo Sartre cuando nos separábamos durante un mes al comienzo del verano. Tuve el presentimiento del sentido que asumirían un día estas palabras. La ceremonia duró diez años. Son estos diez años los que relato en este libro"¹. El relato es el de un cronista; el mismo tipo de recuento anual detalla-

do de eventos y de sus reacciones frente a ellos que utiliza Beauvoir en los primeros tres volúmenes de su autobiografía. Pero allí su intención declarada era la de mantenerse como centro de atención, y hablar de Sartre sólo en la medida en que su existencia se encontraba entrelazada con la suya propia. En la *Cérémonie des adieux*, en el prefacio, afirma que ha registrado esos diez años como los vivió, pero que el libro está dedicado enteramente a Sartre. Si habla también de ella, es por cuanto "el testigo es parte de lo que atestigüa". El libro está dedicado "A quienes amaron a Sartre, lo aman, lo amarán". Ciertamente, fue escrito para ellos por una de ellos.

La segunda obra es *Entretiens avec Jean-Paul Sartre*, una colección de entrevistas hechas a Sartre en el verano de 1974. Las entrevistas fueron objeto de una corrección superficial, pero están lejos de haber sido reelaboradas como escritos literarios. Beauvoir quería dar a los lectores la oportunidad de "seguir los meandros de su pensamiento, y de escuchar su propia voz". Aquí emplea el método adoptado en el cuarto volumen de su autobiografía, donde agrupa sus reminiscencias por tópicos. Sartre responde extensamente a sus preguntas sobre una gran variedad de temas, que se extiende desde sus gustos culinarios a sus cambiantes conceptos sobre la libertad; de sus preferencias sexuales a la política. Hay comentarios sobre riñas escolares con Merleau-Ponty, posteriores discusiones con Camus, ideas sobre la literatura, la muerte, Dios. Algún comentarista ha observado que estas entrevistas representan "una valiosa aproximación a la autobiografía que Sartre nunca escribió"².

Tenemos así una obra que se encuentra entre la biografía y la autobiografía, debido a la íntima relación del autor con su protagonista, y un conjunto de entrevistas autobiográficas. En ambas

* *Philosophy and Literature*, Vol. IX, No. 1, 1985.

1. *La cérémonie des adieux* suivi de *Entretiens avec Jean-Paul Sartre, août-septembre 1974* (Paris: Gallimard, 1981).

2. Ronald Hayman, "Multiple Truths", *The Literary Review* (June 1982).

es Beauvoir relator y comentarista; Sartre el tema central y el actor. Conjuntamente, expresan la despedida del uno al otro, y el adiós de Sartre a la vida.

Comenzaré por los *Entretiens*, centrando la discusión en algunos elementos que considero especialmente pertinentes para la comprensión del recuento posterior de Beauvoir. Estos fueron escritos en Roma en el verano de 1974, período en el cual la salud de Sartre estaba relativamente mejor, aun cuando había sufrido ya lo que llamaba sus “miniparos”, tenía problemas para caminar, y ya no podía leer o escribir. Las entrevistas se encuentran a medio camino entre la conversación privada y el pronunciamiento público. Se desarrollan sobre un trasfondo conciente de vejez y de muerte, pero Sartre no había aceptado aún la inminencia de esta última. Decía que se sentía como un hombre de cincuenta años. Tenía sesenta y nueve.

Lo que me causa un mayor impacto es la identificación de Sartre de la acción con su propio ser, con el ser humano. La actividad, descrita por él, adquiere casi una cualidad moral. Es la manifestación de un agente libre que se impone. Es libertad. En ocasiones, se identifica prácticamente con la conciencia. Este sentimiento es tan profundo en él que se convierte a veces en un rechazo casi patológico hacia todo lo natural o corpóreo. Se manifiesta en la preferencia profesada por lo cocido sobre lo crudo —por las salchichas preparadas en lugar de la carne a medio cocer, por la pastelería refinada sobre la fruta. (No es de sorprender que en *El ser y la nada* afirmara que toda preferencia es reveladora.) Esto tiene consecuencias más importantes en lo relativo a su actitud hacia su propio cuerpo y hacia su sexualidad.

A Sartre le disgustaba, en él mismo o en otros, todo lo que sugiriese un puro abandono corporal, un total relajamiento. Beauvoir comenta la tensa sacudida de su andar, que le pareció en un principio desgarbado pero atractivamente vibrante, luego agitado, nunca cómodamente desenvuelto. Al contrario de ella, nunca leía en la cama; sólo erguido en un asiento, frente a una mesa. Beauvoir le señalaba que malograba la tapicería por punzarla constantemente con los codos. Todo lo anterior sugiere no sólo una renuencia al relajamiento, sino algún tipo de desadaptación física que, Sartre lo reconoce, influye incluso en sus relaciones humanas. Decía que “nunca se sintió a gusto en su piel”. Aún en su juventud, le obsesionaba el temor a caer. Se fatigaba rápidamente con cualquier actividad física, inclusive en aquellos deportes que practicaba habitualmente como la natación. Por lo

general, su placer se veía empañado por lo que llamaba la “pre-fatiga”, la anticipación de la fatiga resultante, inminente e inevitable.

¿Debiéramos concluir que la causa de su malestar físico era física o psicológica? No lo sé, pero estoy convencida de dos cosas: en primer lugar, le atribuía un sentido consistente con su concepción general de la conciencia, a la vez dependiente de una realidad externa, y comprometida en un esfuerzo por controlarla, como ingrediente esencial de sus proyectos concientes.

En segundo lugar, las implicaciones de este hecho no son deterministas, sino todo lo contrario. En *El ser y la nada*, Sartre utiliza la fatiga como ilustración de cómo “existimos nuestro cuerpo”. Un escalador, dice, puede asumir una de dos actitudes diferentes. Puede acoger la fatiga, deleitarse en ella como parte de su actividad recreativa. O puede considerarla un impedimento que debe soportar de mala gana, o un pretexto para no seguir adelante. La primera actitud sería aquella de Beauvoir; a Sartre correspondería la segunda, excepto que nunca renunciaba a lo que se proponía. En otra persona, esta desagradable cinética corporal hubiera sido una excusa para retirarse hipocondríicamente de la vida activa. Sartre hizo de ella un motivo para actuar —en lo posible— en contra de las limitaciones corporales. Sorprendentemente, Sartre confiesa alimentar una imagen de sí mismo en la cual poseía el cuerpo fuerte de un atleta. Este cuerpo imaginario nunca le preocupó, por su obvia discrepancia con el real. Su único efecto fue la decisión ocasional de dedicarse a la gimnasia atlética, o la de boxear amistosamente con oponentes inexpertos. Sin embargo, parecía operar como un tipo de compensación, como un suplemento a su noción de sí mismo en tanto que pura actividad totalmente controlada —un correlato de su creencia en la libertad radical llevado *ad illusionem*, si no *ad absurdum*. Una consecuencia más grave de esto pudo haber sido la de intentar literalmente ir más allá de sus fuerzas en varias ocasiones.

Sartre añade un par de comentarios relacionados con lo anterior a propósito de sus experiencias con el dolor y la enfermedad. Sus dolencias más frecuentes y agudas eran dentales. Sartre le había asegurado una vez a Beauvoir, que mediante la concentración mental, era posible aliviar el dolor; al recordarlo extrae una conclusión negativa inesperada: “Yo creía que era posible, para todos los efectos prácticos, eliminar el dolor asimilándolo a la subjetividad. Básicamente, la relación subjetiva conmigo mismo no debe haber sido demasiado placentera, puesto que creo que podría quitarse al

dolor su calidad de dolor asimilándolo a la subjetividad pura” (p. 407). Para Sartre resultaba natural afirmar, tanto a través del héroe de su novela *La náusea*, como en *El ser y la nada*, que nuestra irreductible facticidad, la conciencia de nuestra perpetua encarnación, se revela en la náusea.

Imprevisiblemente, admite que en raras ocasiones había disfrutado en cierta forma de su enfermedad: “Cuando había trabajado mucho, me daba un descanso. No trabajaba más cuando estaba enfermo, y no podía sentirme como actividad pura. Por el contrario, sentía que era pura contingencia” (p. 408). (La referencia a la contingencia como algo que debe ser acogido tiene particular importancia por cuanto Sartre normalmente identifica la contingencia con la amenaza a la libertad. Pero, claro está, todo el pasaje gira sobre el deseo de disfrutar un descanso de su forma habitual de conciencia). Aquí Beauvoir, como una terapeuta centrada en su paciente, reformula lo que Sartre acaba de decir: “Entonces la enfermedad le daba una coartada, una justificación”. El responde: “Sí, una justificación. Me daba una razón para dejar de ser yo mismo. Me había llegado de fuera, y me convertía en una viscosidad contingente que me agradaba”. “Viscosidad” o limosidad, era aquello que Sartre proponía, en *El ser y la nada*, como el gran anti-valor que amenazaba con sumergir la conciencia en un abismo de arena movediza.

Sartre mismo consideraba este abandono de sí mismo malsano, como una tentación a la que raramente sucumbía. Que el énfasis prevalente en la acción tiene sus inconvenientes, lo reconoce cuando él y Beauvoir discuten su vida sexual. Ambos se expresan aquí libremente, como Beauvoir lo había hecho en otros contextos, sobre su acuerdo de tener aventuras amorosas sin que el otro por ello tuviera sentimientos de infidelidad o (al menos en teoría) celos. Al hablar de sus relaciones con otras mujeres, Sartre afirma que aun la esfera puramente física estaba definida por su sentido de sí mismo como actividad pura. Nos informa que lo importante para él no era el coito, sino las caricias, aquellas que él mismo prodigaba. “J'étais plutôt un masturbateur des femmes qu'un coiteur” (p. 385). Explica rápidamente que por lo general terminaba en el coito, pero principalmente porque era lo esperado y con cierta indiferencia de su parte. Uno se podría preguntar por qué las caricias, con las manos o con los labios, son más activas que la penetración genital. Quizás identifica Sartre la totalidad del acto erótico con la pasividad final que sigue al orgasmo. En todo caso, admite alegremente que sus patrones emocionales

a este respecto son un poco desviados: “No creo que la perfecta sensación física en el momento del acto amoroso deba ser aquella de actividad. Debería ser más compleja; actividad y también sensibilidad (*sensibilité*); pasividad, actividad debieran estar presentes en ambos. Yo debería ser pasivo cuando la otra me acaricia, y activo cuando la acaricio” (pp. 414-15). A lo que Beauvoir replica: “Sí, estoy enteramente de acuerdo; pero en usted sólo se desarrollaba el aspecto activo. Esto le aseguraba el control, pero también una cierta frialdad”. Sartre, sin avergonzarse, añade que había también algo de sadismo. Pues finalmente, la otra persona se entregaba y Sartre no lo hacía. O, más exactamente, entregaba lo que era en ese momento, pero era sólo la acción misma.

Esto nos recuerda la afirmación de Sartre en *El ser y la nada*, donde dice que la caricia es la realización suprema del deseo del amante de una “encarnación recíproca” en la que cada uno, en lo posible, sumerge su conciencia en el cuerpo (o mejor, empapa el cuerpo de conciencia) con el fin de que de alguna manera la conciencia del otro pueda ser aprehendida, descremada, como la leche. Su descripción aquí es menos unilateral que el análisis de sus patrones personales.

Sartre insiste en que nunca se sintió ser una pasividad, ni física ni mentalmente; que era, en sus respuestas emocionales, siempre el sujeto acariciante y nunca el objeto acariciado. Beauvoir especulaba con él sobre la causa de esta predisposición. ¿Sería, preguntaba, por sentir que era feo? Pues Sartre había confesado la traumática revelación de su fealdad en su adolescencia, cuando una linda muchacha lo desairó, refiriéndose a él en su presencia como “ese tonto con sus anteojos y su gorra enorme”. Pero Sartre decía que *esto* no podía ser la causa, pues había sentido la compulsión de desempeñar el papel activo desde su primera infancia. Beauvoir afirma sin convicción que pudo haber sido una reacción contra el exceso de caricias y de mimos que había recibido cuando niño. O quizás se remontara a alguna dificultad al dejar la lactancia. Sartre dice que simplemente lo ignora, una admisión poco común en él.

El intercambio anterior tiene un interés más que superficial. En *El idiota de la familia*, Sartre atribuye a Flaubert una pasividad básica que define la naturaleza de su sexualidad, asume la forma de una enfermedad psicosomática como solución de sus problemas, y permea sus novelas, moldeando la forma misma de las frases que emplea. La explicación sartriana del origen de la pasividad de

Flaubert es la hipótesis de que cuando niño fue sobreprotegido y poco amado. Por consiguiente, sentía que existía sólo como un objeto indefenso, totalmente dependiente. No conocía la reciprocidad. No tenía entrenamiento en lo que significa ser un agente activo. Sartre argumenta que sólo el niño que ha sido amado, cuyas respuestas se despiertan cuidadosamente, se sentirá “como una saeta conciente”, como alguien que supone que hay tareas y un destino esperando ser conocidos y realizados por él. Sostiene que él fue uno de estos niños afortunados.

Supongamos que concedemos, por convicción o por simple generosidad, que la explicación de Sartre es correcta. Esto explicaría parcialmente su persistente defensa de la libertad, tanto como realidad psicológica y como objetivo político. Es congruente con su necesidad de ser activo y de sentirse en una posición de control. No me atrevería a afirmar que constituye una explicación suficiente de su exagerado desagrado por las cosas viscosas, ni de su indiferencia a los asados. No explica su incapacidad de deleitarse en confiante pasividad con un ser amado. No tengo una hipótesis alternativa mejor que incluyera todas estas cosas, pero me permitiré dos observaciones.

En primer lugar, yo no descalificaría sin más la importancia del descubrimiento adolescente de que una mujer lo encuentra feo, percepción que fue reforzada, como él mismo lo dijo, por el reflejo de su estrabismo en el espejo. Sartre le dice a Beauvoir, con cierta complacencia, que aprendió a no pensar en su fealdad, porque ésta no desanimaba a las mujeres. Pero le informó también que no desearía aparejarse con una mujer fea, pues al verlos juntos resultaría demasiado ridículo. Si su sentimiento de ser feo no fue el origen, sí pudo ser un refuerzo de su renuencia a asumir el papel de objeto en las relaciones eróticas. Una persona que carece de confianza en su atractivo puede sentirse más a gusto en el papel del amante acariciador que en el del amado acariciado. No es tan fuerte el sentimiento de ser mirado. Recordemos la afirmación de Sartre en *El ser y la nada* de que es el movimiento perfectamente controlado lo que viste de gracia al bailarín desnudo, mientras que los contoneos involuntarios pueden evocar más bien lo obscuro.

En segundo lugar, la convicción de Sartre de ser un agente libre debe haber entrado pronto en conflicto con un mundo empeñado en demostrarle su error. Si este sentimiento se encontraba en él inextricablemente ligado a la confianza en sí mismo derivada de una infancia feliz, es explicable que la

defensa de esta libertad se convirtiera en el motivo principal aún de su comportamiento involuntario.

Sartre argumentaba que la pasividad de Flaubert no sólo había desviado su sexualidad, sino que lo había hecho incapaz de amar excepto imaginariamente. El énfasis exagerado de Sartre en su actividad, como él mismo lo reconoce, desvió sus patrones sexuales. A un nivel emocional, era obviamente capaz de amor recíproco, como lo atestigua la relación que sostuvo con Simone de Beauvoir durante cincuenta años. Ambos acordaron que su relación esencial no debería restringir su libertad de disfrutar “amores contingentes”. A partir de los *Entretiens* podemos aclarar un poco mejor la calidad de las relaciones de Sartre con estas otras mujeres, y al mismo tiempo, su actitud hacia sí mismo y su relación con Beauvoir. Tanto él como ella reconocen que la centralidad de su propio vínculo debe ser tenida en cuenta para comprender la naturaleza de su relación con otros amores. (Los de Beauvoir no se discuten en este volumen). Sartre hace dos comentarios halagadores para Beauvoir, pero un tanto descorteses para las mujeres en la periferia. Dice: “Las cualidades más importantes que puedo pedir en una mujer —tú en mi opinión las reunías. Por consiguiente, esto liberaba a las otras mujeres que podían, por ejemplo, ser sólo bellas. Lo que sucedió fue que como tú representabas mucho más de lo que yo quería dar a las mujeres, las otras obtenían menos y por eso comprometían menos de sí mismas” (p. 378). Generalmente, añade Sartre, las mujeres bellas que había elegido eran también inteligentes. Con cada una vivía en un mundo especial. Pero eran mundos cerrados. Le dice a Beauvoir: “Lo que me impedía vivir (con ellas) en el mundo eras tú” (p. 387). Con esto quería decir, creo, no sólo que el mundo de los otros amores permanecía como un enclave dentro de su mundo dual, sino que como pareja nunca dejaron de comprometerse juntos en el mundo público. Ni él ni ella parecían sorprenderse del hecho que Sartre, quien nunca pudo colocar a otra mujer más que en segundo lugar, insistiera en que él debía ocupar el lugar de preferencia en todas estas relaciones.

Con estas mujeres, el papel de Sartre incluía sólo un poco de Don Juan —a pesar de afirmar que en un comienzo, cualquier cosa podía atraerlo en una mujer. Por lo general, era una mezcla del amante romántico y de Pigmalión (en palabras de Beauvoir). Sartre ofrece una explicación, mitad psicológica y mitad filosófica defendiéndose contra toda acusación de machismo. Adoptaba una actitud protectora como si se tratara de alguien más débil,

y solicitaba confidencias que no hubiera deseado escuchar de un hombre —actitud que Beauvoir califica de “machista”. Sartre admite tener ciertos sentimientos condicionados de superioridad masculina, pero niega haber dejado que predominaran en él. Lo que buscaba en las mujeres, dice, no eran aventuras sexuales, sino cierta *atmosphere de sentimentalité* con un trasfondo sexual. De una manera complicada, y en mi opinión, un tanto deceptiva, Sartre explica que sentía que las mujeres —quizás por motivos culturales— eran más afectuosas que los hombres. Creía que esta sensibilidad emocional era necesaria para el desarrollo integral del intelecto, posiblemente un estadio a partir del cual se desenvuelve el intelecto, quizás un ingrediente esencial sin el cual el intelecto permanece abstracto y empobrecido. De una mujer esperaba Sartre enriquecer de alguna manera sus propias percepciones intelectuales. Aun cuando esto parezca una explotación de la mujer, habría que añadir, como lo hizo Sartre, que su objetivo incluía el desarrollo de la inteligencia de la mujer, de forma que él pudiera, por así decirlo, elevarla a una igualdad de la que hasta entonces había disfrutado sólo potencialmente.

Esta descripción idealizada resulta difícil de aceptar. Si sugiere vagamente al amante platónico educando a su amada, recuerda también la concepción de Schopenhauer de las mujeres como niños crecidos. Lo máximo que puede decirse en defensa de Sartre es que se mostró capaz de algo mejor con Beauvoir. Sartre afirma que desde el momento en que empezó a desempeñarse como profesor prefería la compañía de sus estudiantes (que eran hombres) a la de sus colegas. Del período inicial, dice que se sentía más cercano a sus alumnos en edad e intereses. Más tarde, buscó la compañía de los jóvenes por considerarlos más abiertos a nuevas ideas y al pensamiento revolucionario. Y de hecho, ya mayor, jugó hasta cierto punto el papel de Pigmalión para muchos muchachos —aun cuando asexualmente y sin mencionar *l'affectivité* o sus análogos.

Volvamos ahora a la crónica de Beauvoir sobre los años del adiós. No es una historia dramática. Inclinado como era Sartre a ver su vida como una serie de conversiones, su muerte no fue la de un Ivan Ilych. Quizás lo más curioso sea el hecho de intentar, más allá de los límites del realismo, no introducir cambio alguno en su forma de vida. Mientras pudo caminar y sostenerse en pie, marchaba en las demostraciones, daba conferencias, organizaba y editaba, o al menos prestaba su nombre, a revistas de izquierda, visitaba trabajadores en huelga, y hablaba con prisioneros políti-

cos. En 1978 viajó a Jerusalén para reunirse con dirigentes árabes y judíos; un año antes de su muerte, participó en una conferencia de judíos y árabes en París. Cuando ya no podía abandonar su alcoba, firmaba manifiestos; incapaz de leer y escribir, producía libros mediante entrevistas colaboradoras. No interrumpió siquiera sus viajes anuales de vacaciones estando ciego e impedido para caminar.

No trataré de seguir la cronología de este relato de inevitable decadencia física y mental. Beauvoir no perdona a sus lectores todos los detalles desagradables; da ejemplos específicos de torpeza física, de incontinenencia, de períodos de confusión mental. Entiendo que la maledicencia de algunos círculos feministas atribuye en esto a Beauvoir un desquite, por haber tenido que soportar las infidelidades de Sartre. Esto es una calumnia. La narrativa constituye tanto un informe objetivo como un tributo. Si se incluyen detalles triviales, su propósito no es el de señalar los pies de barro de su ídolo, ni tampoco el de un hagiógrafo que quisiera registrar toda palabra o acto como intrínsecamente preciosos y de igual valor unos a otros. Quiere mostrar cómo fue. Y si verdaderamente deseamos saber en qué forma luchó este filósofo con la enfermedad y la muerte, deberíamos estarle agradecidos por relatarlo en lugar de escribir un esbozo subjetivo e impresionista. No que Beauvoir se abstenga de hacer comentarios; los hace. Pero podemos comprobar lo adecuado de sus juicios contrastándolos con las evidencias que nos da —en el texto mismo o en las entrevistas. En algunos puntos creo que podemos identificar lo que no registró y quizás no percibió.

En su libro sobre Baudelaire, Sartre afirma que el poeta tenía la vida que merecía. ¿Tuvo Sartre la muerte que merecía? En algún momento, Beauvoir parece responder afirmativamente: “Lo cierto es que el drama de sus últimos años es consecuencia de su vida entera ... Sartre tuvo la decadencia y muerte exigida por su vida. Es por esto quizás que las aceptó con tanta calma” (p. 133). Se refiere especialmente al hecho, reconocido por el mismo Sartre, de que su alta presión arterial, su paro cardíaco, y la hemorragia ocular eran, en parte, resultado del uso excesivo de estimulantes durante el tiempo en que escribió la *Crítica de la razón dialéctica*, a finales de los años cincuenta. Sartre decía que era más importante para él terminar esa obra rápidamente que prolongar su vida. No anticipó, sin embargo, la ceguera, y uno se pregunta si hubiera quedado satisfecho con su pacto de haberlo hecho. Sartre proclama públicamente, y Beauvoir la comenta, su tranquila aceptación de una

situación que consideraba debida, en parte, a un inevitable envejecimiento, y en parte a accidentes fisiológicos. Para mí, sin embargo, la narrativa socava esta noción de pacífica aquiescencia. Insinúa períodos de desesperación, y al menos plantea la inquietud de si Sartre deliberadamente empeoró su estado, o aún aceleró su muerte.

Se describen actos de gratuita imprudencia. Conociendo la debilidad de su corazón, Sartre insistía en subir hasta su apartamento en el décimo piso cuando no funcionaba el ascensor, pudiendo pasar la noche con Beauvoir, o con otros amigos que lo acompañaban a su casa. Pudiera decirse que esto constituye sólo un ejemplo más de llevarse desafiadamente más allá de sus fuerzas para mostrar su desprecio por las limitaciones físicas, pero en este momento no podía ya ignorar las consecuencias probables de su acción.

En los *Entretiens*, Sartre observa que lo que más temía de la vejez era la ineludible serie de privaciones. Al prohibirle los médicos fumar, tomar y comer dulce (era diabético), Sartre por lo general no estaba dispuesto a hacer concesiones. Cuando accedía a seguir las indicaciones, lo hacía por cortos períodos de tiempo y por una de dos razones diferentes —porque su médico lo amenazaba con algún horror específico, como la pérdida de sus pies a causa de la gangrena, o porque después de un ataque especialmente doloroso, mejoraba paulatinamente su salud. Esto último sugiere que su obstinación era el resultado del desánimo. Pero había algo más, sorprendente y chocante para Beauvoir y para todos nosotros.

Sartre, a quien le gustaba la bebida, nunca había tenido problemas con ella. En esta época, periódicamente, bebía demasiado, aun cuando se encontraba solo. Al menos uno de sus paros cardíacos fue suscitado por este motivo. Poco después, accedió a que Beauvoir le racionara el licor; después de otro episodio de embriaguez solitaria, encontró botellas escondidas en todas las alcobas. Al preguntarle porqué lo hacía, Sartre se mostraba evasivo o respondía simplemente, "C'est agréable".

En dos pasajes, Beauvoir reconoce que el recurso al alcohol era un escape. Creo que no insiste suficientemente en este aspecto. Al escribir sobre el año 1972 (el año en que fue publicado el tercer volumen de *El idiota de la familia*), le atribuye su escapismo al hecho de que su trabajo en el cuarto volumen no se estaba desarrollando bien. El motivo era doble. Sartre había planeado utilizar en este libro técnicas estructuralistas, pero le desagradaba el estructuralismo por considerar que era una ex-

tensión de la lingüística, y no se sentía a gusto con él. Consideraba que su enfoque propio era filosófico, no científico. En segundo lugar, le parecía que los primeros tres volúmenes delineaban implícitamente la explicación de *Madame Bovary*, que debía ser objeto del cuarto, y que corría el riesgo de repetirse. Lo que Beauvoir no se pregunta es porqué se encontraba tan angustiado. Era costumbre suya dejar muchas series sin terminar. El cuarto volumen de la secuencia de novelas nunca fue escrito, como tampoco la prometida continuación de *El ser y la nada*, la ética, ni el segundo volumen de la *Crítica de la razón dialéctica*. Lo que le había impedido continuar en estos casos era el haber encontrado una nueva orientación para su pensamiento, y la impaciencia por seguirla; en pocas palabras, tenía una abundancia excesiva de proyectos. Ahora era diferente. Beauvoir dice que no deseaba escribir el volumen sobre Flaubert, pero se sentía renuente a abandonarlo, pues no tenía otra cosa en mente. La situación empeoró. El deterioro de su salud y la frecuencia cada vez mayor de momentos de confusión mental indujeron en él cierto retraimiento, una falta de interés por lo que sucedía —un aminoramiento. Dijo a su médico: "No soy tonto. Pero estoy vacío" (p. 69). Y un día anunció tristemente: "No tengo ideas" (p. 86).

Beauvoir creía que si le hubiera sido posible leer y escribir, hubiera tenido ideas. Posiblemente es cierto. Entretanto, por primera vez en su vida, sentía que carecía de imaginación creativa. En una de las entrevistas, habla Sartre del placer que le producía beber —socialmente, pues nunca había bebido solo. Le gustaba el licor, decía, porque estimulaba su imaginación. "La subjetividad se torna, de cierta manera, inventiva. Inventar necesidades, pero en el momento de inventarlas, estas necesidades son agradables" (p. 404). En mi opinión, el abuso del alcohol pudo no haber sido escapista en el sentido usual, sino más bien una forma de recobrar su imaginación creativa.

Para Sartre, carecer de imaginación creativa era ser otra persona. Anotamos anteriormente que para él, estar enfermo era equivalente a no ser sí mismo. En otro pasaje, Beauvoir busca explicar, no sólo su alcoholismo, sino la negligencia de Sartre en el cuidado de su salud, mediante una hipótesis que inmediatamente descarta. La formula diciendo que Sartre amaba vivir, y vivir intensamente, pero sólo a condición de poder trabajar. Cuando se vio incapaz de realizar adecuadamente lo que se había propuesto, quizás multiplicó sus actividades e intentó ir más allá de sus fuerzas para precipitar una crisis. No sabía cómo tomar unas

vacaciones sencillamente, sin que por eso su vida dejara de tener sentido. Sin embargo, “ansiaba un descanso, y la enfermedad constituía su única salida” (p. 133). Beauvoir rechaza esta especulación, por considerarla “excesivamente optimista, pues presenta a Sartre como amo de su destino”. Por qué consideraría ella esto objetable, no lo sé. Me desconcierta aún más el calificarla de optimista, y no estoy de acuerdo con que la hipótesis deba ser descartada.

Aun cuando no se acepte la hipótesis, hay un hecho relativo al comportamiento de Sartre durante esta década que llama la atención. Es el grado en que esta personalidad auto conciente e hiperactiva emplea el mismo tipo de actividad pasiva que atribuye a Flaubert. Si la enfermedad fue de hecho deseada, o al menos consentida, el paralelo es exacto. Pero podemos ir más allá. Sartre no estaba, claro está, induciendo deliberadamente una muerte más rápida. Pienso que su renuencia a actuar más efectivamente para prevenirla era una invitación a medias, la voluntad de dejar que los procesos fisiológicos siguieran su curso natural. Creo que el motivo, como lo indica Beauvoir, era el de no querer vivir al menos que su vida incluyese la objetivación escrita de su pensamiento activo, creativo. El rechazo total de Sartre, al comienzo de su ceguera, de toda posibilidad de continuar su trabajo de escritor utilizando una máquina de escribir o un dictáfono, me ha intrigado. Es verdad que esto hubiera implicado el aprendizaje de un nuevo procedimiento. Sartre afirmaba que sería imposible hacerlo pues era esencial para él leer y revisar lo que tenía delante, verlo, por decirlo así, todo a la vez. Esto puede ser cierto en lo referente a las obras puramente literarias; pero Sartre dijo una vez que en sus escritos filosóficos le preocupaba poco el estilo y que no los corregía o revisaba —para desespero ocasional de sus lectores, me permito añadir.

Pienso que el centro del problema es su angustia frente a lo que le parecía ser una sin salida intelectual. ¿Pero por qué este sentimiento de un final? Obviamente el trabajo de Sartre, aparte de toda consideración de su flaqueante energía, había llegado a un paréntesis. *El idiota de la familia* había sido la consecuencia lógica y la elaboración de sus conclusiones sobre el psicoanálisis existencial en *El ser y la nada*, y sobre la sociología marxista en *Crítica de la razón dialéctica*; era una culminación de su trabajo anterior sobre la imaginación e inclusive, por implicación, el seguimiento de un problema formulado en el relato autobiográfico de su infancia, *Les mots*. Regresar a las obras de ficción hubiera constituido un retroceso, y Sartre no esta-

ba dispuesto a hacerlo. Otro escritor hubiera encontrado en este opus masivo suficientes problemas susceptibles de ulterior elaboración, pero este tipo de trabajo lo consideraba Sartre sólo apto para ideólogos, no para filósofos. Su desagrado con el cuarto volumen es una prueba de esto. ¿Qué podía hacer? Le parecía que había una omisión importante. En los *Entretiens*, reconoce que siempre le preocupó el fracaso tanto de los activistas políticos como de los teóricos al intentar reconciliar el socialismo con la libertad individual. Sartre manifestaba el deseo de trabajar sobre este problema, pero opinaba que dicho trabajo debería hacerse en el contexto de los movimientos contemporáneos y no en abstracto. Su solución era una forma más positiva de la actividad pasiva, y una nueva manifestación de su conocido hábito de pensar en contra de sí mismo. Todo esto culminó en un extraño arreglo que involucraba a Benny Lévy, alias Pierre Victor.

En este momento, se conjugan varios elementos: en primer lugar, Sartre estaba convencido de que si se deseaba la revolución social, el intelectual (y especialmente el escritor), no debía dirigirla desde arriba, sino poner su talento al servicio de aquellos que necesitaban la liberación; debería sumergirse en el grupo, hasta llegar al anonimato. Esta convicción se debía en parte a su deseo de probar que podía vivir efectivamente sus declaraciones de igualdad, y en parte al deseo de sentirse trabajando activamente al lado de los jóvenes en la configuración del futuro. Buscaba mantenerse al tanto de los movimientos políticos prevalentes, sentirse parte de la acción, estableciendo contactos regulares con jóvenes activistas, especialmente maoístas. Con dos de ellos desarrollaba discusiones formales sobre temas políticos, publicadas en 1974 en un volumen titulado *On a raison de se révolter*, donde aparecían los nombres de P. Gavi, J.P. Sartre y P. Victor. Victor, quien pronto reasumió su verdadero nombre (Lévy), se convirtió en el secretario especial de Sartre y empezó a colaborar con él en un libro titulado *Pouvoir et liberté*. Más tarde grabó Lévy una serie de entrevistas con él, reunidas bajo el título de “Esperanza ahora ...”, publicadas en *Le Nouvel Observateur* poco antes de la muerte de Sartre. Estas estuvieron más cerca de provocar una ruptura entre Sartre y Beauvoir que cualquier otra cosa sobre la cual ella haya escrito.

Beauvoir describe a Lévy como un manipulador con la mentalidad de un pequeño tirano (*petit chef*). Fue él quien convirtió la frialdad existente entre ellos en una ruptura total. Lévy había presentado anteriormente a *Le Nouvel Observateur* un artículo escrito apresuradamente, firmado con su

nombre y el de Sartre. A petición del editor, Sartre, quien había autorizado el artículo con renuencia y en contra de su mejor juicio, aceptó retirarlo, pero no se lo informó a Lévy. Este último le reprochó a Beauvoir el habérselo ocultado. El asunto quedó superficialmente arreglado. Más tarde, en una reunión del equipo de *Les Temps Modernes* (Sartre no estaba presente), otras personas criticaron el artículo. Lévy los insultó, declaró que estaban todos muertos, y salió enfurecido. El y Beauvoir nunca más se hablaron. Sartre continuó trabajando con él, y frecuentaba su casa. Beauvoir escribe: "No hubiera querido participar en estas reuniones, pero lamentaba que una parte de la vida de Sartre fuera en lo sucesivo inaccesible para mí" (p. 141).

No obstante, comprendía lo que Sartre deseaba de Benny Lévy y por qué era difícil para Sartre, si no psicológicamente imposible, no otorgarle su confianza total. Admite como verdaderos los motivos que ofrece Sartre para explicar esta colaboración. Las afirmaciones de Sartre a este respecto son curiosamente ambivalentes. *Pouvoir et liberté* sería la "ética y la política que hubiera deseado concluir al final de mi vida" (p. 126). Sin embargo, evidentemente lo consideraba como algo que no era propiamente suyo. "Mi relación con todo lo que había escrito hasta entonces no era la misma". Su objetivo era el de crear con Lévy un "Nosotros" —"... un pensamiento formado conjuntamente por usted y por mí, en el proceso activo del pensar, con las modificaciones que en cada uno el pensamiento del otro suscita; así sería necesario llegar a un pensamiento que fuera nuestro". Sartre continúa diciendo que este trabajo iría más allá del suyo propio, que ya se encontraba concluido. "Usted tiene ideas diferentes de las mías, que me orientarán en nuevas direcciones imprevistas. Por consiguiente, estoy haciendo algo diferente. Lo hago como una obra final, y también como una obra aparte, que no pertenece del todo (al corpus), aun cuando tengan, naturalmente, elementos comunes".

Pouvoir et liberté no fue terminado, y aun cuando Lévy afirma estar concluyendo esta obra, nada que yo sepa ha sido publicado hasta la fecha. La entrevista "Esperanza ahora..." apareció el mes de la muerte de Sartre. Beauvoir y el equipo de *Les Temps Modernes* estaban consternados. Sartre se mostró aparentemente sorprendido por esta reacción. Beauvoir observó que había comenzado nuevamente a beber en exceso poco antes de la publicación, y se pregunta si no sería un indicio de la incomodidad secreta que sentía y no admitía. Estaba convencida que de haber tenido Sartre oportu-

nidad de leer el texto, no hubiera permitido publicarlo sin modificaciones.

Personalmente, no encuentro en "Esperanza ahora..." nada que sugiera que Sartre hubiera renunciado a sus posiciones anteriores, o que hubiese empezado a comprometerse con soluciones radicalmente nuevas. Lo que Beauvoir —y yo también— lamentamos es la falta de rigor. Como lo expresó Raymond Aron, "esta filosofía vaga, inconsistente que le presta Lévy, no se adecúa en nada a su forma de ser" (p. 151). El concepto de fraternidad está expresado en un lenguaje que raya en lo sentimental. Esto lo encuentra Beauvoir particularmente deplorable, así como observaciones tan falsas y triviales como la que afirma que la famosa elaboración de Sartre sobre la angustia fue escrita, no porque personalmente la hubiese sentido, sino porque hablar de *Angst* era la moda del momento. Beauvoir relata que al comienzo de la colaboración Sartre se había sentido limitado por este intento artificial de fundir su pensamiento con el de otra persona. Hubo discusiones acaloradas. ¿Por qué finalmente cedió? En parte, especula ella, porque Sartre durante este período pensaba lentamente, en tanto que Lévy era rápido y voluble. Primordialmente, se debió a que Sartre creía estar ayudando, a través de Lévy, a moldear el futuro: "Viejo, amenazado en su integridad física, medio ciego, el futuro estaba excluido para él. Recurrió a un sustituto (*un ersatz*)... Victor realizaría el 'nuevo intelectual' (el intelectual activista) que Sartre había soñado, y a cuyo nacimiento habría contribuido. Dudar de Victor hubiera sido renunciar a aquella prolongación viviente de sí mismo, más importante para él que la consagración de la posteridad. Por consiguiente optó, a pesar de todas sus reticencias, por confiar en él" (p. 151).

Este episodio constituye el máximo ejemplo de cómo Sartre empleaba su pensamiento en contra de sí mismo. Con una insistencia casi perversa, al intentar salirse de sus propios esquemas mentales o paradigmas (para usar términos actuales), llegó al extremo de someter su propio pensamiento a un molde ajeno. Cierta pasividad intencionada era esencial para la realización de este proceso, y la obligada pasividad física de Sartre pudo haberle facilitado el camino. Si sentía que un pensamiento ajeno estaba distorsionando el suyo hasta incomodarlo, aparentemente tomó este sentimiento como una prueba de la efectividad del proceso, de que no era imposible para él dejarse ir. Era todo una curiosa manifestación de su deseo —expresado también en la enfermedad— de tomar vacaciones de sí mismo.

El libro de Beauvoir, fascinante por su descripción del compromiso de Sartre con la actividad política de los intelectuales franceses de izquierda, probablemente será valorado más bien como una descripción de los detalles cotidianos de la vida en el círculo sartriano. Impresiona el ambiente de preocupación personal y de devoción, el cariño demostrado a Sartre por un gran número de personas con quienes mantenía constante y cercano contacto. Beauvoir, en una de las entrevistas, pregunta a Sartre si no se considera inconsistente al proclamar el valor supremo de la libertad en tanto que personalmente vive una vida estrictamente programada. Sartre, levemente desconcertado, responde que su vida está programada sólo en la forma, no en el contenido. La forma es claramente evidente, especialmente en lo referente a la división del tiempo que Sartre pasa con diferentes mujeres. Algunas noches de la semana se quedaba con Beauvoir, otras con su hija adoptiva Arlette, o las programaba con otra persona. Las vacaciones de primavera y de verano se repartían entre las semanas que pasaba con una u otra de sus amigas, mientras Beauvoir viajaba separadamente, habitualmente con su joven amiga Sylvie. Un verano en Atenas, Sartre y Beauvoir compartieron su tiempo con una muchacha griega; las tardes las dedicaba a Beauvoir, las noches a Melina. (Ambas, aparentemente tomaron en serio la famosa observación de Sartre sobre la fuerza destructiva de un tercero). Casi siempre Sartre y Beauvoir terminaban el verano juntos en un hotel de Roma. Beauvoir comenta el deleite de Sartre al verse rodeado y mimado por una multitud de jóvenes atractivas, unas más cercanas a él que otras. Lo hacía sentir más joven, mejoraba visiblemente su salud. No quiero insinuar con esto que todas o la mayoría de estas relaciones fuesen totalmente eróticas, aun cuando se percibe que Sartre no estaba obligado a conocer el pathos del deseo en un cuerpo indeseable, del que habla Beauvoir en su libro *La force de l'âge*. Pero aquí pueden apreciarse claramente los contornos vivientes de los patrones emocionales descritos por Sartre.

Al hablar de su incapacidad, y reconociendo la inminente realidad de la muerte, Sartre evidenciaba un humor macabro, refiriéndose a sí mismo como un "muerto en vida" (*mort vivant*). En los *Entretiens* y en todos sus pronunciamientos públicos, afirmaba que la muerte es algo natural, a lo cual no le temía. Su ceguera era más difícil de sobrellevar, pero se enorgullecía de su habilidad para adaptarse a ella. Con la actitud de aquél que ha terminado su obra, se complacía en el reconocimiento continuado de sus logros, calculaba sin indebida modestia ni arrogancia que sería leído

todavía al menos durante cincuenta años, y creía firmemente que aún durante algún tiempo después no sería completamente olvidado. No obstante, había una ambivalencia, un indicio de que en lo profundo de su ser no deseaba morir. En cierto momento, calculaba que viviría todavía diez años, probablemente veinte inclusive. Y durante algún tiempo Sartre, el denunciante de la mala fe, se engañaba a sí mismo sobre la posibilidad de recobrar la vista, de una forma que conmovía tristemente a Beauvoir. Cuando finalmente le preguntó "Recuperaré algún día mis ojos?", ella le dijo la verdad, y escribe que luego lloró toda la noche (p. 87).

Sartre era igualmente ambivalente respecto de sus estados de confusión mental. Frecuentemente permanecía en silencio delante de los demás por temor a revelar su falta de comprensión. A veces se sometía pacientemente a la corrección de falsos recuerdos. En otras ocasiones insistía obstinadamente en la exactitud de un recuerdo obviamente falso, aparentemente por orgullo y por su renuencia a admitir que ya podía confiar en su propia mente. Para nosotros, familiarizados con la importancia de "la mirada" en la teoría sartriana sobre las relaciones humanas, hay un conmovedor desarrollo de esta en términos personales. Le angustiaba verse como el anciano senil que sentía ser a veces. En una ocasión, cuando su aislamiento de lo que estaba sucediendo fue particularmente evidente, explicó después que se sentía en peligro ante la mirada de los otros, y pensó que podría hacerse invisible. Lo intencionado de esta aberración mental puede ser catalogado con ejemplos de los mismos escritos de Sartre, citados como evidencia de que aún en el comportamiento irracional es significativo y teleológico.

Tanto en *La cérémonie des adieux*, como en los *Entretiens*, conmueve el profundo respeto que sentían Sartre y Beauvoir el uno por el otro, algo más hondo que el afecto, la camaradería y la comunidad de valores, más fundamental que el amor. Es esto y no una sombra de desapego o lejanía lo que se manifestaba en el uso del usted (*vous*) entre ellos. (Encuentro significativo que Sartre y Benny Lévy se tuteasen). El tratamiento que ella le da en todos sus escritos lo muestra, especialmente quizás en cuanto evita todo lo que le sugiera que debe ser tratado como un inválido, y en su angustia cuando se ve obligada a mentirle por su bien. La conducta de Sartre hacia ella exhibía consistentemente aquella igualdad básica que él declaraba había existido siempre entre ellos. Hay dos momentos de especial ternura: después de una cena, durante la cual había bebido moderadamente, Sartre sube a

la alcoba donde dormía en casa de Beauvoir y se le oye cantando para sí mismo "No quiero ocasionar problemas a mi Castor, ni siquiera uno pequeño" (p. 33). El segundo es su despedida casi formal: Sartre se encontraba en estado de coma el último día de su vida, abril 15. El 14, se despertó al entrar ella, dijo algunas palabras aparentemente insignificantes que ella no transcribe, y le pidió con la boca un beso. El día anterior, con los ojos cerrados, había apretado su muñeca y había dicho sencillamente, las últimas palabras suyas que ella registra, "Je vous aime beaucoup, mon petit Castor" (p. 155).

En una novela *L'âge de discrétion*, escrita en la década del sesenta, Beauvoir anticipa imaginativamente lo que vivirían ella y Sartre en la década siguiente. Aun cuando el héroe y la heroína no son réplicas de Sartre y Beauvoir, encontramos paralelos sorprendentes a la vez que contrastes entre la narración y los hechos descritos. Las diferencias apuntan a la ironía (la vida real nunca se adecúa completamente a lo que imaginamos); los paralelos plantean ciertas preguntas interesantes.

La historia es narrada por una mujer, escritora y profesora universitaria recientemente retirada, angustiada por verse obligada a reconocer que su nuevo libro es esencialmente una repetición de su trabajo anterior. Se siente incómoda con lo que le parece una actitud derrotista en su marido, un científico que ha llegado a la conclusión de que es inútil continuar con su trabajo, pues sólo los jóvenes hacen verdaderos avances y ya no le es posible mantenerse actualizado en los nuevos descubrimientos y métodos. Le irrita también a la esposa la resignación de André frente a la vejez, tipificada en su opinión por un nuevo tic, la costumbre de apoyar su dedo en la mejilla, contra la encía. Existe asimismo un conflicto respecto de su hijo. En una inversión de la situación tradicional, se ha rebelado contra sus padres radicales y ha cometido el crimen de aceptar un puesto en el Ministerio de la Cultura de de Gaulle. La narradora rompe completamente con su hijo. Como André continúa viéndolo, se siente alejada de ambos. El relato termina en un final feliz un tanto sombrío. Se reconcilia con su hijo, en parte debido al reconocimiento puramente emocional de vínculos permanentes, en parte porque decide culpar a la sociedad de una situación en la que la juventud encuentra poco satisfactorio estar en contra de todo. Descubre que las preocupaciones secretas de André, y especialmente su irritante gesto, se debían a abscesos en las encías y a la temida perspectiva de tener que utilizar una falsa dentadura y a los males de la senectud representados por ésta. Pero ha

decidido controlarse, e intentar al menos no convertirse en un anciano aburrido. Conjuntamente reconocen sus limitaciones, pero piensan que pueden vivir constructivamente con ellas. El último párrafo parece un eco lejano de "Prospice" de Browning, o de "Dover Beach" de Arnold:

En la distancia estaban los horrores de la muerte y los adioses. La dentadura postiza, las ciáticas, las enfermedades, la esterilidad mental, la soledad en un mundo ajeno que ya no comprenderíamos y que seguiría su curso sin nosotros. ¿Lograré no levantar los ojos hacia estos horizontes? ¿O aprenderé a contemplarlos sin terror? Estamos juntos, es nuestra fortuna. Nos ayudaremos mutuamente a vivir esta última aventura de la que no regresaremos. ¿La hará esto soportable? No lo sé. Esperémoslo; no tenemos otra alternativa³.

La realidad resultó ser a la vez mejor y peor que la anticipación literaria. Aun cuando Sartre y Beauvoir ya no eran objetos de culto, se les tributaba una multiplicidad de honores. A pesar de lo ajenos y desilusionados que se sentían respecto de las realidades políticas contemporáneas, siguieron encontrando sentido a la acción social en problemas específicos. Sartre fue uno de los dirigentes de la protesta izquierdista en Francia prácticamente hasta su muerte; Beauvoir se encontraba en la vanguardia del movimiento feminista francés. La ceguera no estaba incluida en la lista de males que aquejaban a Beauvoir, como tampoco una mente poco estable. La esterilidad mental sí. André prefigura el "No tengo ideas" de Sartre, e inclusive su sentimiento de frustración al pensar que debería aplicar unas técnicas estructuralistas con las que no se sentía a gusto. Uno se pregunta si la recepción del cuarto volumen de su autobiografía hizo conciente a Beauvoir, como a su heroína, de cuanto, de hecho, había en él una repetición de sus escritos anteriores. Un episodio casi divertido es aquel de los dientes. Beauvoir relata que Sartre se atormentaba inútilmente porque temía que la dentadura postiza que algún día se vería obligado a utilizar, le impediría hablar en público. (No fue así; el honor de los odontólogos franceses está intacto). De mayor importancia es el hecho de que, aun cuando Sartre y Beauvoir enfrentaron juntos estos últimos años, con la cercanía especial tan valorada por la esposa de *L'âge de la discrétion*, sí se dieron instancias de incomunicación, de incompreensión análogas a las que habían sido descritas por Beauvoir en casi todas sus heroínas y que habían llevado a Sartre a afirmar "El infierno son los demás". A pesar de sus frecuentes conversaciones sobre las

3. Simone de Beauvoir, *La femme rompue. L'âge de discrétion. Monologue*. (Paris: Gallimard, 1967), p. 84.

dolencias de Sartre, ella confesaba que no sabía exactamente lo que él pensaba sobre su condición.

En esto hay un paralelo sorprendente. La esposa del relato sentía preocupación y rencor por la fácil resignación de su marido a los tics y a los patrones de pensamiento de la vejez. La reacción de Beauvoir frente a Sartre es similar. Ante los primeros signos de su incontinencia, ella esperaba que se sintiera muy incómodo: “Sartre siempre había tenido mucho de puritano. Casi nunca hacía alusión a sus funciones corporales, y las manejaba con la más escrupulosa discreción”. Sartre, sin embargo, observó simplemente que no se debe esperar mucho cuando se llega a cierta edad. Beauvoir escribe: “Me conmovió su sencillez, esta humildad tan nueva en él; pero a la vez me entristeció su falta de agresividad, su resignación” (p. 52). Lo mismo sucedía cuando ocasionalmente regaba líquidos sobre la mesa. Pero Beauvoir describe asimismo cómo Sartre, en un determinado momento, asumió el control de sí mismo, proponiéndose, por su bien y el de los demás, no convertirse en un centro de infelicidad y de depresión. Su recuperación recuerda aquella de André en la novela.

No deseo en modo alguno insinuar que Beauvoir haya inventado nada de lo que narra para adaptarlo al modelo de la ficción. Es posible, sin embargo, que tanto sus percepciones como su estilo lo reflejasen. O podríamos cerrar el círculo. En su autobiografía, Beauvoir había descrito ya en qué forma, mediante el puro ejercicio de su voluntad, había logrado Sartre sobreponerse a un período prolongado de depresión y de experiencias alucinatorias. Probablemente, la observación de esta readaptación voluntaria y efectiva de Sartre inspiró el desarrollo del personaje de André. El conflicto imaginario de la pareja por causa de su hijo no hubiera podido ser, de ninguna manera, una anticipación del leve distanciamiento precepitado por Benny Lévy. La realidad no concedió ni una feliz reconciliación de los tres, ni un acuerdo final por parte de los dos protagonistas. Es sólo una irónica coincidencia el hecho de que Beauvoir se sintiese no sólo excluida, sino indignada por la excesiva indulgencia de Sartre hacia el joven Benny Lévy. No podría preverse, pero era quizás inevitable que el deseo de Sartre de ir más allá de sí mismo lo colocaría finalmente más allá del deseo de Beauvoir de seguirlo.

Ni en la narrativa de Beauvoir, ni en las entrevistas, se expresa esa esperanza, tan frecuente en las despedidas personales, de un reencuentro después de la muerte o del sentido de que quienes nos dejan se encuentran de alguna forma presentes para sus

seres queridos. Beauvoir es bastante explícita. En el prefacio escribe: “Aquí está el primero de mis libros —el único, indudablemente— que no habrás leído antes de su publicación. Está dedicado enteramente a tí, y es algo que no te concierne”. Continúa diciendo que su uso de “tu” es sólo un anzuelo, un recurso retórico. Se dirige no a Sartre, sino a sus amigos. El último párrafo de *La cérémonie des adieux* tiene las siguientes palabras, “Su muerte nos separa. La mía no nos reunirá. Así es”.

Después de la espectacular y espontánea procesión funeraria de Sartre (donde se congregaron aproximadamente 50.000 personas), aparecieron en la prensa francesa una gran cantidad de artículos, muchos de los cuales eran virulentos ataques contra él, escritos por quienes no estaban de acuerdo con sus posiciones políticas, o con su ateísmo. En este país, uno de estos ataques proponía que Sartre había sido incapaz de morir como había vivido. Thomas Molnar, en *National Review* (Junio 11, 1982), afirmó que Sartre había experimentado una conversión religiosa en su lecho de muerte, documentada, comparable a la que se le había atribuido a Voltaire sin poder comprobarla. La supuesta evidencia de esta creencia en Dios al último momento se encontraría en “Esperanza ahora ...” de Lévy. En realidad, se basa en una mala traducción y una lectura equivocada de ciertos pasajes de la narrativa de Beauvoir y de las entrevistas con Sartre, tan evidentemente distorsionadas que serían incomprendibles si no hubieran sido deliberadas. En las últimas entrevistas describe Sartre cómo desarrolló gradualmente todas las implicaciones de un ateísmo totalmente materialista. Reconoce que el creyente tiene ciertas ventajas, pero concluye que la fe sencillamente no es compatible con nuestro conocimiento del mundo. Más aún, nuestro concepto e imagen de la divinidad es una proyección de nuestras propias ideas. Dios ha sido creado por el hombre. ¿Por qué entonces tratar de vivir y de juzgarnos según nuestra propia creación? “La verdadera relación con nosotros mismos es con lo que somos, y no con aquel ser que hemos construido en vaga analogía con nosotros” (p. 559). Hacia el final, Sartre y Beauvoir coinciden en afirmar que este tema nunca les preocupó mucho, y que nunca sostuvieron muchas conversaciones sobre Dios. Sartre dice: “Y sin embargo, hemos vivido, tenemos la impresión de habernos interesado por el mundo y haber tratado de verlo”. Este modesto objetivo, contemplar el mundo y tratar de entenderlo como es, me parece haber constituido la fuerza vital de estas dos personas que tanto han influido en otras.

Hernández Manuel (1928 -)

"Movimiento y Apoyo Gris"

Oleo y pastel/cartulina

70 x 50 Cmts.

35/74

